



XV ASAMBLEA DIOCESANA POSTSINODAL

Síntesis diocesana de la iluminación de las prioridades

Introducción

En el proceso de elaboración del 5° Plan Diocesano de Pastoral, primero hicimos la **devolución de la evaluación del 4° Plan**, luego estudiamos el **marco teórico**, en seguida **actualizamos el diagnóstico de la realidad**, después detectamos los **problemas estratégicos** y, a partir de estos, aclaramos las **prioridades**. Ahora nos encontramos en el paso de la **iluminación o reflexión de fe** sobre las seis prioridades diocesanas.

Con las prioridades intentamos dar respuesta a los problemas estratégicos, detectados en Asambleas diocesanas. Ante el problema de la violencia institucional, las prioridades son: 1) Fomentar la cultura de la paz y la justicia; 2) Promover el cuidado del agua y la defensa de nuestros bosques y de la tierra. Ante el problema del empobrecimiento, la prioridad es: 3) Promover una economía solidaria y justa para una vida digna. Ante el problema del clericalismo y el modelo de Iglesia conservadora, las prioridades son: 4) Promover, animar y fortalecer las Comunidades Eclesiales de Base; 5) Promover servicios y ministerios laicales en lo social y lo eclesial. Ante el problema de la sacramentalización sin evangelización, la prioridad es: 6) Promover el espíritu y los procesos de la Iniciación Cristiana.

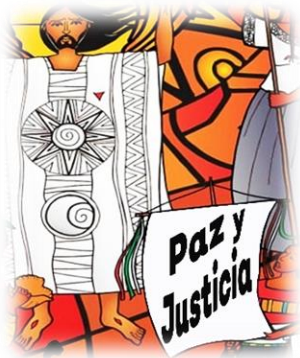
En esta XV Asamblea Diocesana Postsinodal retomamos el fruto de la iluminación bíblica-teológica-pastoral que iniciamos en barrios, colonias y ranchos, y luego profundizamos en las Asambleas parroquiales y vicariales. Esta es la síntesis de los aportes hechos en vicarías, equipos diocesanos de pastorales específicas y otras instancias diocesanas.



19-21 de noviembre de 2025

RESUMEN: *El sueño de Dios es que sus hijos e hijas vivan en paz y en justicia. Dios nos confió el Jardín del Edén para cuidarlo, amarlo, cultivarlo, como administradores, no para explotarlo como dueños. En ambas cosas hemos hecho lo contrario. La creación —con la humanidad— violentada, empobrecida, gimiente y sufriente espera ser liberada, para volver a su belleza y armonía originales. Es el proyecto del cielo nuevo y la tierra nueva ofrecido por Dios.*

Los pobres y la creación son sacramentos de Dios. La vida digna del ser humano y de la creación están por encima del dinero y la ganancia. Como bautizados estamos llamados a trabajar para responder, desde el Evangelio y de manera sinodal, al sistema y al mercado que genera pobres y descartados. Esto pide de nosotros la conversión para la misión.



Primera prioridad: Fomentar la cultura de la paz y la justicia

«Dichosos los que trabajan por la paz, porque Él los aceptará como sus hijos» (Mt 5,9)

Ante el problema estratégico de la violencia estructural en sus diferentes expresiones y niveles, que provoca una cultura de muerte, destruyendo el tejido social, la vida comunitaria y acabando con nuestras familias, en Asamblea diocesana se decidió fomentar la cultura de la paz y la justicia.

La violencia ya parece algo normal, las noticias de cualquier canal y en cualquier horario y medio solo hablan de eso. Aunque el mundo actual parece sumido en la indiferencia, los cristianos estamos invitados a mantener viva la fe y el compromiso, denunciando lo que destruye la dignidad humana y anunciando el amor de Dios que libera y transforma.

El sueño de Dios es que sus hijos e hijas vivan en paz y en justicia para así crear un cielo nuevo y una tierra nueva (cf. Is 65,17-25). Él está con nosotros, por lo tanto, no debemos de tener miedo de trabajar por la justicia y la paz en un mundo tan violento y desafiante. Nuestras familias no están exentas de la situación de violencia, porque la violencia nos afecta a todos en el barrio, la colonia y el rancho. Por eso, debemos ser conscientes que la violencia no se combate con la violencia, sino con la promoción de la paz y la justicia. Somos conscientes de la ayuda que Dios nos ofrece para vivir ese cielo nuevo desde aquí, en medio de nuestra realidad.

Jesús habla del Reino de Dios como un Reino de justicia, gracia, paz y amor (cf. *Mt* 5,9; *Mc* 9,50; *Lc* 6,27) y los discípulos y discípulas buscan las maneras de dar testimonio de la paz del Reino (cf. *Rm* 5,1; 12,17-18; 14,17-19) motivándonos como comunidad a transmitir la paz, a buscar la justicia y misericordia (cf. *2 Cor* 13,11; *St* 3,18b).

El Papa Francisco, en su mensaje para la celebración de la XLVII Jornada Mundial de la paz, habla sobre *La Fraternidad, fundamento y camino para la Paz*. Dios nos pide no ser apáticos ante las injusticias y actuar ante las situaciones de discriminación, desigualdad y violencia que estamos viviendo, buscando siempre el bien común.

Además, nos recuerda que *"una verdadera paz «sólo puede lograrse cuando luchamos por la justicia a través del diálogo, persiguiendo la reconciliación y el desarrollo mutuo»"* (FT 229). Es una invitación a trabajar por el bien común y hacerlo artesanalmente, con el encuentro y el diálogo (cf. FT 231-232). La palabra artesanía nos hace pensar en que tenemos la oportunidad de moldear la paz y la armonía con nuestras propias manos, participar y poner un granito de arena. Sabemos que la paz no se impone, sino que se construye día a día y se trabaja con igualdad. Siendo constructores de paz y justicia desde nuestro propio espacio será ya un anticipo del Reino.

Desde la reflexión de fe entendemos que los pobres (y todo sujeto marginado) y la creación son sacramentos de Dios. Por eso, la paz tiene que ser integral, no solo entre humanos, sino con la creación entera. *Laudato si'* aborda la paz y la justicia desde una perspectiva ecológica y social. Enfatiza que la crisis ambiental está profundamente ligada a la injusticia social, afectando especialmente a los más pobres y vulnerables. Destaca que *la paz requiere una relación armoniosa entre los seres humanos y la naturaleza*.

La sinodalidad es vista como camino de comunión: compartir lo que somos y tenemos para construir una sociedad más justa y fraterna, renunciando a la cultura de muerte y al egoísmo. Cada creyente debe asumir el compromiso personal y comunitario de trabajar por la unidad, la convivencia, el respeto y la dignidad, siendo signo del Reino de Dios en la tierra. El camino de la sinodalidad que abre horizontes de paz necesita una verdadera articulación entre todos. Necesita generar procesos de diálogo y escucha fraterna, espacios participativos entre sacerdotes, laicos y comunidad donde reinen la justicia y la fraternidad, pues la finalidad es procurar el bien común, la protección y atención de las necesidades de los más vulnerables.

Es por eso que el laico está llamado a construir un mundo más justo y en paz, mediante la toma de conciencia y la organización de los sectores populares para exigir cambios a los poderes públicos. Cada uno de nosotros juega un papel fundamental en el proyecto de construcción de paz.

Los presbíteros, porque son pastores, son los primeros que deben dar testimonio de Cristo. Su ministerio es el de pastorear, promover la comunión, la participación, el servicio, la vida digna, la paz. Por la naturaleza del ministerio presbiteral están llamados a acompañar, a pastorear a la comunidad junto con

los demás pastores (Consejos, equipos). Eso implica la apertura e inclusión, para eso son formados en el Seminario.

Pero también, la formación de todo el pueblo de Dios es esencial para una Iglesia más sinodal. Insistir en la toma de conciencia de la dignidad de pueblo de Dios y en la corresponsabilidad que todos tenemos en la misión. Formar para ser cristianos, no solo para los sacramentos. Así, la creación de ministerios no debe ser desde las rúbricas y decretos, sino desde la necesidad común y el discernimiento comunitario, las prácticas auténticas de sinodalidad permiten a los cristianos desarrollar una cultura de paz y fomentar servicios y ministerios que profeticen críticamente frente al pensamiento dominante y ofrecer así una contribución definitiva a la búsqueda de respuestas a muchos de los retos a los que se enfrentan las sociedades contemporáneas y a la construcción del bien común.

En los aportes de nuestros barrios, Dios nos ha dicho que nos unamos, busquemos el diálogo, convivamos entre vecinos para fomentar la paz; que “sembramos buenas semillas de justicia, amor, esperanza y perdón para cosechar buenos frutos de paz, en la relación entre hermanos y con la creación”. Que tengamos como referente la lucha por la dignificación de toda persona humana. El Señor nos dice: “Yo estoy con ustedes” (Lc 22,27), en las realidades de sus pueblos, en cada familia que van asumiendo el compromiso de educar a sus hijos e hijas, pero también en cada persona que va buscando fortalecer los diferentes servicios que hay en la comunidad.

Las grandes transformaciones no son construidas en un escritorio. El Señor nos llama a ser tejedores de justicia y de paz, artesanos de la vida digna. La reflexión de fe nos da pautas para que desde la organización comunitaria demos respuesta a todo lo que está golpeando la vida de nuestras familias. Tenemos un compromiso comunitario y se debe empezar en los espacios que compartimos todos los días.

Por ejemplo, la religiosidad popular vivida en nuestras comunidades favorece el encuentro fraterno, nos convoca, nos unifica, nos hace compartir, propicia un tiempo de gracia, nos renueva en esperanza y nos proyecta a seguir caminando como hermanos y hermanas en comunidad. La religiosidad popular y sus maneras de estar en la comunidad es un buen aliado para la construcción de paz. Mientras trabajemos por la justicia el fruto será la paz y la tranquilidad y seguridad para siempre (cf. Is 32,17-18).

Este mal de la violencia se alimenta de la pobreza, es como una escalera de caracol sin fin. Por eso, no perdamos de vista la necesidad de organizarnos para afrontar nuestra necesidad; no dejamos de recordar los comienzos de la Diócesis donde se trabajaba en las cooperativas de ahorro y crédito, la vivienda, la salud alternativa, etc.

La paz es un don de Dios que no se hace aisladamente, Dios nos acompaña para construir su Reino, tenemos que seguir escuchando los clamores de nuestro pueblo y seguir forjando acciones pequeñas pero concretas para que la paz sea posible y no caigamos en la fatalidad, articularnos con las organizaciones diocesanas, regionales, nacionales, madres buscadoras etc. La valentía de

nuestros pueblos y la confianza puesta en Dios nos anima a seguir asumiendo el proyecto de evangelización.

Hay que dejarnos apoyar y ayudar por las personas más capacitadas, pues no lo podemos saber ni hacer todo. Valorar todos los aportes.

Quedamos motivados a trabajar esta prioridad pensando en el bien común de todos y a dar testimonio de que servimos al proyecto del Reino de Dios. Realizar el servicio con amor, comprometiéndonos a la transformación para ser artesanos y artesanas de paz. La reflexión nos motiva a dar testimonio del proyecto de Dios, tejer la paz y justicia, iluminados por su Palabra, compartiendo experiencias, fomentando la oración, el diálogo, la empatía, la tolerancia y la organización, para fortalecer la fe y la caridad.

Las comunidades anhelamos construir la paz como fruto de la justicia y del compromiso evangélico. En el camino, la Palabra de Dios, el Magisterio de la Iglesia y el testimonio de muchos hermanos y hermanas nos da luces para formarnos, capacitarnos y actualizarnos. En la reflexión de fe comunitaria nos damos cuenta que la paz verdadera nace del compromiso personal y comunitario, de la oración acompañada de acciones concretas en favor del bien común. Esta reflexión nos anima a trabajar siempre por la paz personal, comunitaria y social, ya que no es algo acabado; siempre está en construcción.

Para restaurar el tejido social hay que prestar atención a las relaciones familiares y al testimonio coherente de nuestros servicios y ministerios pastorales. Todos somos pieza importante en la construcción de la paz; cada persona, especialmente los servidores, debe ser fermento de paz con su testimonio y estilo de vida. Los bautizados y bautizadas debemos dejar los patrones de la cultura de la violencia y mal encaminada en donde el hombre tiene todo el poder y hacer lo que nos toca para que los valores sobresalgan en el ambiente donde vivimos. Somos artesanos en proceso de conversión, llamados a no callar ante la injusticia.

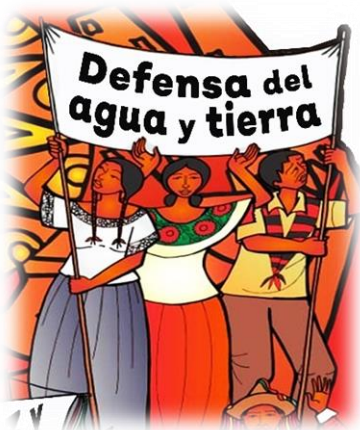
Dios nos invita a ser valientes en la denuncia de la violencia y el compromiso por construir la paz y a hacer de ella una bienaventuranza evangélica. Estamos motivados a no perder la esperanza de que otro mundo de justicia y paz es posible, siempre y cuando nosotros vayamos colaborando para lograrlo. Nuestras motivaciones brotan del deseo de un mejor país, una mejor comunidad y familias más unidas, donde se viva sin miedo, con dignidad y en armonía.

El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres y recordamos el testimonio de Monseñor Romero: *"La misión de la Iglesia es identificarse con los pobres y violentados"*. Nos entendemos como pueblo desde la experiencia del servicio; desde lo humano, entender a la Iglesia como un pueblo viviendo en conexión con los demás especialmente con los más pobres, excluidos y marginados; caminar con toda la humanidad.

Aquí estamos Señor, envíanos a aquellos que están dispersos, ayúdanos a descubrir los dones que nos has dado; queremos ser fermento tuyo, danos fuerza para esperar con sapiencia los frutos de los procesos de la pastoral, pues es lento el trabajo con el pueblo, danos compañeros comprometidos para luchar por la vida de las comunidades. No estamos solos, Tú nos

acompañas, caminas junto a nosotros. Somos felices por las opciones que hemos hecho ante Ti por medio de nuestra querida Diócesis.

Hacer comunidad es garantizar un futuro en paz, promoviendo la comunidad se apacigua la violencia. La comunidad es un motivo de alegría y paz para todos.



Segunda prioridad:
Promover el cuidado del agua y la defensa de nuestros bosques y de la tierra

“Yahvé Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara” (Gn 2,15)

Ante el problema estratégico de la violencia estructural, ejercida no solo contra personas y comunidades, sino también en contra de la Casa común, en Asamblea diocesana se decidió promover el cuidado del agua y la defensa de nuestros bosques y de la tierra. Esta es la segunda prioridad diocesana. Es una prioridad diocesana para nuestro trabajo de Iglesia en la base, en las parroquias y vicarías.

El dominio del modelo de mercado no tiene en cuenta la vulnerabilidad de las personas y la creación. Es una economía que mata, como expresó el Papa Francisco (cf. EG 53). Por la ambición y el poder de algunos pocos, por el consumismo, la ambición empresarial y la indiferencia social y política (cf. LS 10-14) la Tierra está siendo sometida a un terrible abuso de forma irresponsable: el uso excesivo de químicos, fertilizantes e insecticidas; la contaminación y el uso irracional de productos desechables; el agua que se extrae indiscriminadamente, que se tira y contamina; en los bosques, la tala sin control de árboles y los incendios provocados para el cambio de uso de suelo; la multitud de invernaderos y huertas de aguacates que van vaciando los mantos acuíferos, a tal grado que en muchas comunidades y rancherías ya no hay agua; el uso de productos desechables. Ante este trato, la Tierra está reaccionando porque es un ser vivo: ha surgido el cambio climático, cuyo signo principal es el calentamiento global, que nos está afectando a todos.

En la economía de la salvación la creación entera está en el horizonte de la plenitud que Dios dará como manifestación de su amor y su misericordia. La creación nos habla de la belleza, la sabiduría y la bondad del Creador, como nos recuerda el Génesis: “Dios vio todo lo que había hecho, y era muy bueno” (Gn

1,31). Lo invisible de Dios se deja ver a la inteligencia a través de sus obras (cf. *Rom* 1,20). Por eso, el agua, los cerros, la tierra y todas las cosas creadas no son recursos de explotación, sino signos visibles de la presencia y bondad de Dios, son vida sagrada. Todo es don de Dios. Por eso lo bendecimos, como san Francisco, que agradecía al Señor porque la hermana Tierra produce hierbas, flores y frutos (cf. LS 1-2).

Dios puso al hombre y a la mujer en el Jardín del Edén, en donde todos somos hermanos y nos necesitamos unos a otros. Somos parte de la creación, estamos unidos íntimamente a ella y no tenemos derecho de apropiarnos egoístamente y menos destruir lo que Dios nos ha dado. Además, cada elemento de la creación es fundamental para la realización de todos los seres vivos. La reflexión que hicimos desde nuestros barrios sobre esta prioridad nos anima a crear conciencia en la comunidad de que la Tierra, nuestra madre y hermana, es parte de nosotros, es un ser vivo y nos provee todo para vivir, por lo que tenemos que cuidarla con amor y responsabilidad y no destruirla.

En su infinita bondad Dios nos confió ese Jardín para cuidarlo, amarlo, respetarlo, cultivarlo y protegerlo para beneficio de todos (cf. *Gn* 2,15); somos administradores no propietarios ni dominadores (cf. *Lv* 25,23-24), por lo que no estamos autorizados a explotarla. La tierra, el agua, los bosques y todo cuanto existe son dones de su amor, y nosotros somos sus administradores. Cuidar la Tierra es también cuidar la vida, es vivir nuestra fe y amar a Dios respetando su creación.

Sin embargo, nosotros hicimos lo contrario, pues hemos dañado el Planeta y todo lo que Dios nos dio. El egoísmo, la ambición y la indiferencia han llevado a la humanidad a olvidar esta misión sagrada. Por la ambición y el poder de algunos pocos (cf. LS 10-14) ha sido sometido a un terrible abuso de forma irresponsable. La violencia que se cultiva en el corazón humano se manifiesta en la destrucción de la Tierra y, como consecuencia de nuestro proceder, nos enfrentamos a nuevas enfermedades y a los efectos del cambio climático (cf. LD 5.69-71) y, si no cambiamos, nos iremos a la extinción por el desequilibrio ecológico y no habrá vuelta atrás. La creación sufre y gime (cf. *Rm* 8,22), y es porque nosotros los humanos por la ambición la hemos herido. La consecuencia es que nos perjudicamos también a nosotros mismos.

El Papa Francisco nos habló de los pobres y abandonados, entre los cuales está la Casa común. Los pobres, toda persona marginada y la creación son sacramentos de Dios. La Casa común es nuestra madre bella que nos abraza, pero también es una hermana pobre entre los pobres, abandonada y maltratada, oprimida y devastada. Y, a pesar de que no siempre la cuidamos, la madre Tierra nos responde con flores y frutos, y continúa dándonos lo necesario para vivir y alimentar a nuestras familias. El Señor nos pide escuchar a todos, especialmente a los más pobres, lo que contrasta con el diseño del mundo actual en donde la concentración del poder deja fuera a los pobres, a los marginados, a las minorías y a la Tierra, que es nuestra Casa común. Los pobres son siempre los que más sufren los efectos de la violencia. Nos vemos cuestionados ante esta realidad y no podemos quedarnos con los brazos cruzados, pues el Señor

nos preguntará: "*¿Dónde está tu hermano?*" (Gn 4, 9), nos pedirá cuentas del Jardín del Edén que nos encargó.

La creación violentada, empobrecida, gimiente y sufriente espera ser liberada por Dios por las promesas hechas (cf. Rm 8,19-22), para volver a su belleza original, como agua limpia, tierra fértil y bosques sanos. Dios prometió una creación nueva en la que habitará la justicia (cf. Is 65,17; Ap 21,1). Estamos a tiempo de rescatar la creación. Su liberación comienza con el compromiso ecológico de cada persona. La tierra gime, los ríos se contaminan, los bosques desaparecen y los suelos se agotan. Si como humanidad nos comprometemos a educarnos para ser cuidadores y cuidadoras del agua, la tierra, los bosques y toda la creación, podrá surgir un cielo nuevo y una tierra nueva (cf. 2 Pe 3,13).

Ante esta prioridad de promover el cuidado del agua y la defensa de nuestros bosques y de la tierra, Dios nos pide que tengamos los oídos abiertos para poder escuchar los gritos actuales de la Tierra por la devastación tan grande y suicida que estamos teniendo, y espera que asumamos el camino de conversión. Se necesita una conversión ecológica profunda que transforme nuestra manera de vivir y de relacionarnos con la naturaleza; esto es una responsabilidad ética, espiritual y social. Todos los bautizados estamos, pues, llamados a redireccionar nuestra vida hacia el cuidado y conservación de la creación entera y, junto con ella, de nosotros mismos. La Iglesia nos está invitando a agradecer los dones de Dios, cambiar nuestras prácticas y animar a otros a hacerlo, entendiendo que proteger la creación es un acto de fe y amor. La promesa del cielo nuevo y la tierra nueva nos impulsa y sostiene en el cuidado de la Tierra.

Nuestra fe nos llama a asumir la responsabilidad de cuidar la creación como parte de nuestra misión cristiana. Jesús envió a sus discípulos a ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio a toda la creación (cf. Mc 16,15). Esta reflexión nos motiva a fortalecer como Diócesis la misión de la Iglesia como promotora del cuidado de nuestra Casa común.

Por el Bautismo somos miembros de la Iglesia, pueblo de Dios, y participamos de la dignidad común de profetas, sacerdotes y reyes. Debemos ejercer nuestro Bautismo con valentía y responsabilidad: como sacerdotes, alabando y bendiciendo al Creador por el don de su creación; como profetas, anunciando el evangelio de la creación y denunciando todo atropello que se le hace a la Casa común con la destrucción de bosques, el envenenamiento de la tierra, la explotación del agua de manera clandestina; como reyes cuidando con responsabilidad y de manera organizada nuestra Casa común, para eliminar sus gemidos y sufrimientos y volverla a la belleza y armonía originales.

Por estar en el horizonte de la misión que Jesús confió a sus discípulos, el cuidado de la creación nos toca a todos los miembros del pueblo de Dios. Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas, tenemos que sentirnos pueblo de Dios en todas las dimensiones y espacios para estar en comunión y vivir la corresponsabilidad. Los pobres, los laicos —niños, adolescentes, jóvenes, adultos— son sujetos de la misión, pero necesitamos garantizar la formación

para esto. A las religiosas y religiosos se les hace el llamado de asumir la responsabilidad amorosa de cuidar la Casa común, en el compromiso de integrar este llamado desde sus propios carismas. El ministerio de los presbíteros es el de pastorear, promover la comunión, la participación, el servicio a la vida digna y la paz, tanto con las personas como con la creación. Todo esto se celebra, alimenta y proyecta de manera especial en la Eucaristía. Caminar juntos en la tarea del cuidado de la creación nos lleva a fortalecer la comunión. El Plan Diocesano nos ayuda con esta prioridad a caminar juntos en la pastoral ecológica.

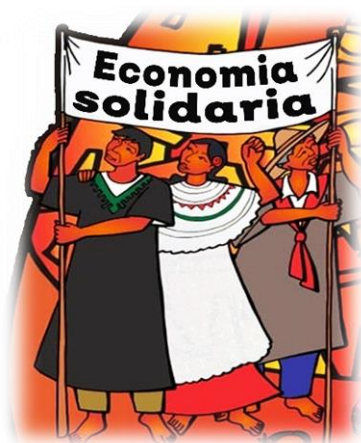
La reflexión de fe que hemos realizado nos da luz en relación a que estamos llamados a ser verdaderos custodios de la creación y que tenemos la responsabilidad de cuidar con esmero este regalo de Dios, ya que somos parte de ella y de ella tenemos nuestro sustento diario. Aclaramos que, como parte de nuestra misión, necesitamos tomar y hacer conciencia de que la Tierra es nuestra madre y de que el agua es como la sangre que nos nutre. Nos da luces para que, como familia y comunidad, seamos agradecidos por lo que nos ha dado: la creación, la naturaleza, las plantas, los animales, las personas..., fortalezcamos nuestras convicciones por la lucha de los derechos de la Tierra y para que realicemos pequeñas acciones a favor de nuestra Casa común, promoviendo experiencias comunitarias para cuidarla y defenderla, sabiendo que todo cambio inicia desde lo pequeño.

A pesar de que abandonamos su proyecto, Dios no nos deja de amar y sigue teniendo confianza en nosotros. Nos da la oportunidad de promover la conciencia ecológica y la cultura del cuidado del medio ambiente desde los campos de trabajo pastoral: catequesis, pre sacramentales, jóvenes, matrimonios... Esto nos motiva a seguir luchando, a realizar pequeñas acciones en nuestros barrios y ranchos; a organizar grupos, comités, redes que denuncien, defiendan y propongan alternativas ante la comunidad, los gobiernos y otras organizaciones; a no desanimarnos ni tener miedo a trabajar por la defensa de nuestros recursos; a unirnos entre nosotros y con otros grupos y sembrar esperanza. La mística profunda tiene que ver con la esperanza en la promesa de Dios de los cielos nuevos y la tierra nueva.

La fe finalmente nos llama a mirar el medio ambiente con sentido espiritual: sanar el corazón humano, abandonar intereses económicos y políticos egoístas, asumir la responsabilidad de cuidar la creación como parte de nuestra misión cristiana. Proteger la creación es un acto de fe y amor a ella, a nuestros hermanos y a Dios. Junto con Jesús trabajamos por el Reino de Dios. Esto es clave para crecer como Iglesia en barrios, colonias y ranchos, en las parroquias, vicarías y Diócesis, caminando bajo el impulso del Espíritu Santo.

Perdónanos, Señor, y ayúdanos a ser conscientes del daño que le estamos causando a nuestra Tierra, estamos yendo contra tu voluntad. Abre nuestros oídos para no ser ajenos a los gritos de la gente que más sufre por esta situación, los más pobres, los enfermos de cáncer, los intoxicados, aquellos hermanos que viven sin agua, sin medicinas, que por amenazas les han quitado sus tierras, de aquellos campesinos explotados, de tanta impunidad y corrupción que vivimos en nuestras comunidades. Señor, estamos aturdidos y no encontramos el camino.

Tú no te arrepientes de habernos creado, a pesar del daño que le estamos causando a la casa común y del daño que nos hacemos a nosotros mismos, pero nunca es tarde para reparar el daño cruel. Haremos todo lo posible, todo lo que esté a nuestro alcance para cuidar la creación que tú nos has regalado, porque sin Ti ni una hoja de un árbol se pudiera mover.



Tercera prioridad:
**Promover una economía solidaria y justa
 para una vida digna**

"Nadie consideraba como propios sus bienes, sino que todo lo tenían en común. [...] Entre ellos ninguno sufría necesidad" (Hch 4,32.34)

Ante el problema estratégico del empobrecimiento, en sus diferentes manifestaciones, causado por el sistema capitalista neoliberal, que adora el dinero, que mata y deshumaniza a las familias y comunidades del sur de Jalisco, en Asamblea diocesana se decidió promover una economía solidaria y justa para una vida digna.

Jesús nos recuerda que es necesaria la organización de la sociedad para una vida más justa y digna para todos (cf. Lc 9,10-17). El deseo de Dios, expresado por Jesús durante su vida y ministerio es que no haya pobres. Así como Jesús cura a los enfermos, nosotros estamos llamados a acercarnos a cuantos sufren, a involucrarnos en su realidad, conocerlos y ayudarlos a salir de las condiciones que le impiden una vida digna, como lo hizo el buen samaritano (Lc 10,25-37).

Por ejemplo, las condiciones creadas por el gobierno de Estados Unidos. Hay mucha deportación y dejó de haber ingresos a las familias de México. Frente a eso, los pobres son sencillos, generosos y saben compartir. Estamos llamados a hacer lo mismo que la viuda de Sarepta que, desde su pobreza, compartió y sostuvo a Elías (1 Re 17,8). Entre los pobres nos reconocemos, nos ayudamos y salimos adelante.

Como bautizados y bautizadas estamos llamados a trabajar para enfrentar el sistema y el mercado que cada vez genera más pobres y descartados. Es un proceso largo y desafiante, pero lo primero por hacer es superar los prejuicios y dejar de culpabilizar a los pobres, porque luego es fácil señalar y

desentendernos de ellos; por eso, es necesario siempre un continuo análisis de la realidad que nos ayude a entender las causas profundas de la pobreza.

La Palabra de Dios nos invita a reflexionar sobre la importancia de construir una economía solidaria y justa que permita a todos vivir con dignidad. En el evangelio de Marcos (6,34-44) y en los Hechos de los Apóstoles (4,32-36) se nos muestra que la solidaridad, la generosidad y la organización son esenciales para el bien común.

El Magisterio de la Iglesia hace una invitación a no caer en la cultura del descarte y la explotación (cf. LS 16, 22 y 43). El clamor por una economía justa resuena con fuerza en medio de un mundo donde los sistemas económicos muchas veces excluyen y empobrecen. Frente a esta realidad, la comunidad recuerda la importancia de una economía solidaria, en la que lo humano y lo fraterno prevalezcan sobre el lucro. La economía, recordamos, debe estar siempre al servicio de la dignidad de la persona, y no al contrario (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 331).

El Espíritu inspira a la comunidad a compartir y a romper con la indiferencia construyendo un estilo de vida donde nadie quede excluido (cf. *Hch* 4,32-35). A nosotros nos inspira a volver a las primeras comunidades y no perder de vista su testimonio, levantarnos para seguir nuestra misión, que no seamos conformistas y poner el dedo en la llaga, salir al encuentro de los más vulnerables.

Jesús nos enseñó que primero debemos sentir compasión de la necesidad que padece el otro para poder vivir la solidaridad como es, si no se convierte en lástima y, por lo tanto, la respuesta es solo asistencialista y eventual. No queremos eso. A nosotros nos toca poner los panes y los peces y promover la organización; el fruto de ello lo da Dios con su gracia.

En la comunidad debemos impulsar políticas de igualdad y justicia. Ser conscientes de nuestro deber como cristianos; poner al servicio de los demás nuestras manos y corazón para volver a formar las organizaciones básicas, a la luz de la Palabra de Dios y de acuerdo a nuestra realidad (cf. DP 525). La economía no debe centrarse en la acumulación, sino en el bienestar colectivo, compartir productos y plantas medicinales, sin olvidar a los más vulnerables. Las iniciativas de cooperativismo siguen siendo para nosotros una oportunidad evangélica de hacer frente a las necesidades económicas, haciéndonos partícipes de nuestra propia transformación para trabajar por el bien común.

La reflexión de fe nos da luces para fortalecer las comunidades desde la organización que busca el bien común, promoviendo organizaciones básicas que ayuden a trabajar para que a nadie le falte por lo menos lo básico para vivir. Recordando que quien trabaja con la solidaridad no busca un fin de lucro, sino solo responder a las necesidades básicas fundamentales. Eso nos debe recordar que la fe se hace tangible. La comunidad crece en el amor y la esperanza cuando mete en el corazón a los pobres. Hacer opción por los pobres para hacerlos sujetos de su transformación.

Dios nos dice: continúen unidos, acompañando a sus pueblos y a sus hermanos más vulnerables en diversas necesidades, así se irán fortaleciendo y seguirán avanzando hacia una economía más justa, donde impulsen y acompañen

las cooperativas y, como comunidad, compartir los pocos panes y peces que ya tienen.

Formar esa conciencia crítica y social que, ante las situaciones económicas y sociales, busque caminos de transformación desde las comunidades, nos lleva a actualizar el mapeo y volver al método pastoral (ver, juzgar, actuar, evaluar, celebrar), para no desconocer las necesidades e invitar a las personas, para juntos dar respuesta. Actuar y no solo conformarnos con el análisis de la realidad, promover la vida digna sin olvidarnos de los desprotegidos, de los adultos mayores y los descartados de la comunidad.

Esta reflexión nos lleva a tener compasión, ser solidarios y compartir esperanza con los más vulnerables de nuestra comunidad, a no ser tan consumistas, a hacer análisis de la realidad en nuestros barrios y ranchos, sobre las situaciones de pobreza, enfermedades y abandono. Pero también nos motiva a ser profetas para ayudar a transformar los sistemas que generan pobreza y exclusión, promoviendo estructuras que pongan los dones al servicio del bien común y no del enriquecimiento individual.

“Así como el mandamiento de «no matar» pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida” (EG 53). La vida digna del ser humano está por encima de cualquier cosa material, la inequidad contradice el plan de Dios que quiere el bienestar para todos. Se debe asegurar el valor de la vida humana, el ser humano no es un bien de consumo, la economía de exclusión e inequidad es una economía criminal, que mata, la ley donde el más fuerte se come al más débil es la ley de la competitividad, es un “juego” perverso, el ser humano no es un objeto desechable.

El Magisterio de la Iglesia invita a la esperanza de volver a una solidaridad evangélica porque «vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social» (Puebla 28).

Nos da luz la solidaridad de nuestros pueblos, que nos ha llevado a buscar alternativas como las siembras comunitarias, huertos familiares. Nos motiva saber que no debemos esperar a tener grandes proyectos armados, ni esperar grandes respuestas, sino empezar por pequeñas iniciativas de organización de cooperativas, trueques, ferias solidarias, ayuda entre vecinos, promover el consumo responsable y el apoyo a lo local. El cambio y la ayuda se da desde lo pequeño.

Como Iglesia queremos promover una economía que ponga a la persona en el centro, donde el trabajo sea digno y justamente remunerado, y donde los bienes se compartan equitativamente. Una economía que priorice a los más pobres, fomente la justicia y asegure el acceso de todos a los recursos necesarios para vivir con dignidad.

Nuestra misión como Iglesia es impulsar acciones concretas desde la fe: crear cooperativas, cajas de ahorro solidarias, bancos de alimentos, huertos familiares y talleres comunitarios que fortalezcan el desarrollo integral. También debemos educar a niños y jóvenes en la solidaridad, la empatía y el respeto, para que crezcan con conciencia social y espíritu fraterno.

Inspirados por el Evangelio, encontramos luces que guían nuestro compromiso: fortalecer la organización comunitaria, promover las cooperativas de consumo sin fines de lucro, fomentar las compras en común, realizar bazares solidarios y crear nuevas cooperativas de ahorro. También queremos motivarnos a impulsar acciones concretas de servicio, como centros de acopio de medicamentos, elaboración de abono orgánico, refuerzo de la medicina alternativa, agencias comunitarias para vincular a personas con empleo, y la formación de grupos voluntarios que acompañen a quienes se sienten solos.

Como Iglesia le pedimos al Espíritu Santo que nos enseñe a pensar siempre en el bien común, a mirar con compasión a los más vulnerables y a seguir caminando con esperanza. Reconocemos que es urgente formar una red de apoyo y concientización humana, que promueva la solidaridad en medio de la pobreza y la crisis económica. Queremos ser una comunidad de comunidades, donde nadie quede fuera y donde la organización, el trabajo conjunto y la caridad sean la base para construir una economía más humana, solidaria y sustentable y donde cada acción, por pequeña que sea, sea un testimonio vivo del amor de Cristo entre nosotros.

A partir de la reflexión de fe reafirmamos nuestro compromiso de una pastoral profética que impulse la conversión social, promoviendo una economía del bien común y del amor fraterno, donde cada acción sea testimonio de la justicia del Reino de Dios. Porque como Iglesia estamos llamados a ser casa para los pobres; tener opción evangélica haciendo las opciones de Jesús para nosotros, respondiendo a las necesidades de las realidades de los pobres implementando las prioridades diocesanas; somos pueblo de Dios, sujeto comunitario, sociedad llamada a vivir en empatía con el sufrimiento y las necesidades de los demás, dando soluciones; todos somos cuerpo y no hay discriminación, por lo tanto, todos caminamos juntos como Iglesia.

Cuando fortalecemos la construcción de la comunidad y la vivencia de la misión en medio de la sociedad, ahí la Iglesia se convierte en sacramento de salvación. Y juntos valorando los contextos, culturas y diversidades, que son clave para crecer como Iglesia. Los procesos de la construcción del Reino de Dios, la promoción de la vida digna, la economía solidaria fomentando la armonía, no perdiendo la unidad en nuestro caminar sinodal en el barrio, la parroquia, en la vicaría y en la Diócesis son un reflejo del querer de Dios.

Dios, enséñanos a cuidar la vida del hermano y su dignidad, siendo solidarios en el compartir y con la tarea de promover pequeñas organizaciones básicas. Dios, Tú nos recuerdas el gran pecado en el que nos movemos hoy, el pecado del egoísmo y la indiferencia, ayúdanos a iniciar experiencias de cooperativas barriales desde lo pequeño, y de lo que ya hay, ayúdanos a darles seguimiento y así vivir la solidaridad como un hábito.

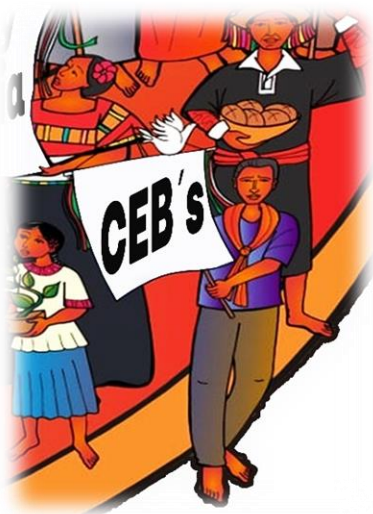


RESUMEN: *Todos los bautizados somos el pueblo de Dios, formamos el cuerpo de Cristo, que es la Cabeza, y participamos de la dignidad común de profetas, sacerdotes y reyes. La forma de vivir la misión es haciendo vida de Iglesia en barrios, colonias y ranchos. Fortalecer las Comunidades Eclesiales de Base y la ministerialidad de laicos y laicas, sobre todo en el campo social, nos llevará a contrarrestar el clericalismo. Esto exige formar discípulos misioneros de Jesús en el espíritu de la Iniciación cristiana. Si lo vivimos, pasaremos de una Iglesia de conservación a una Iglesia decididamente misionera, ministerial y sinodal, por la acción del Espíritu Santo.*

Cuarta Prioridad:

Promover, animar y fortalecer las Comunidades Eclesiales de Base

"Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en la oración. [...] tenían todo en común [...], y compartían sus bienes entre sí según la necesidad de cada uno. No dejaban de reunirse en el templo ni un solo día. De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad, alabando a Dios"
(Hch 2,42-47)



Ante el problema estratégico del clericalismo y el modelo de Iglesia conservadora, experimentada no sólo entre presbíteros sino también entre laicos y laicas, en Asamblea Diocesana Postsinodal se decidió fortalecer, animar y promover las Comunidades Eclesiales de Base. Esta es la cuarta prioridad de nuestro Quinto Plan Diocesano de Pastoral.

La prioridad de promover, animar y fortalecer las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) surge como una invitación del Espíritu para nuestra Iglesia diocesana. No es una simple estrategia pastoral, sino una respuesta profunda a la llamada de volver a la base, al lugar donde la vida se vive y se sufre, donde la fe puede encarnarse en la realidad concreta del barrio, colonia o rancho, así como en cada familia y en cada localidad. Esta urgencia pastoral está sustentada por una doble convicción: es en la Base donde germina el Reino de Dios, y es desde ahí donde la Iglesia renace, recuperando su rostro más auténtico de comunión y misión.

Las motivaciones bíblicas que impulsan esta prioridad son tanto teológicas como pastorales. En primer lugar, encontramos un fundamento bíblico esencial.

El modelo de las primeras comunidades cristianas, descrito en los Hechos de los Apóstoles (2,42-47; 4,32-35), nos presenta una Iglesia unida en la oración, la enseñanza, la fracción del pan y la solidaridad, donde todo era en común y no había necesitados entre ellos. Este ideal de *koinonía* no es una mera nostalgia, sino un faro que nos guía. Textos como la parábola del Sembrador (*Mt* 13,1-23) nos motivan a confiar en que la Palabra, sembrada en la tierra buena de la Base, dará fruto abundante. El ejemplo de Priscila y Aquila (*Hch* 18), que abrían su casa para la comunidad, nos recuerda el valor de la "Iglesia doméstica" y del espacio laical como célula vital. Todo ello hunde sus raíces en la misión de Jesús, proclamada en Nazaret: "El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres" (*Lc* 4,18), un mandato que nos impulsa a llevar la Buena Noticia a los confines más concretos de la existencia humana, empezando en la comunidad, donde surgen los discípulos y discípulas más comprometidos.

En segundo lugar, esta prioridad es una respuesta profética a los gritos de nuestro tiempo. Vivimos una época marcada por el aumento de las desigualdades, la violencia estructural, la cultura del descarte y el grito de la Tierra, nuestra Casa común. Frente a un mundo que excluye a pobres, marginados y minorías, las CEBs representan espacios de escucha privilegiada. Están llamadas a "fomentar la cultura de la paz y la justicia" y a "promover el cuidado del agua y defensa de los bosques". La opción preferencial por los pobres, afirmada desde el Documento de Medellín hasta el Papa Francisco y el Sínodo sobre la Sinodalidad, deja de ser una teoría cuando se encarna en la Comunidad de Base, donde el pobre, sacramento de Dios, se convierte en sujeto. La sinodalidad, este caminar juntos, se convierte así en el antídoto contra un modelo social que concentra el poder y margina a los débiles.

Una tercera motivación, quizás la más dolorosa y urgente, es la necesidad de una renovación interna de la Iglesia. El clericalismo, el modelo de "Iglesia de conservación" y la crisis de credibilidad exigen una conversión estructural. Fortalecer las CEBs es un camino probado para contrarrestar el clericalismo, descentralizar la vida eclesial y promover una corresponsabilidad real que nace del Bautismo. Recordar nuestro Bautismo implica tomar en serio que todos los fieles, en virtud de su dignidad, son sujetos activos de la misión. Los documentos del Magisterio, desde Medellín y Puebla hasta el Sínodo sobre la Sinodalidad, han reconocido a las CEBs como "célula inicial de estructuración eclesial y centro de evangelización". Son, por tanto, el espacio privilegiado para vivir la sinodalidad: un caminar juntos donde obispos, presbíteros, laicos y laicas escuchan al Espíritu y se dejan guiar por Él, compartiendo servicios y ministerios en un compromiso eclesial y social indisoluble.

Frente a estas motivaciones, surgen poderosas esperanzas que iluminan nuestro camino. La primera es la esperanza de una Iglesia con rostro laical. Soñamos con una Iglesia donde los laicos y laicas no sean simples colaboradores, sino corresponsables en la toma de decisiones, la planificación pastoral y la animación de la comunidad. Esto exige una formación integral que no se limite a preparar para los sacramentos, sino que forme cristianos conscientes y misioneros. Esperamos ver estructuras de articulación eclesial con mayor representación laical, donde los consejos y asambleas sean verdaderos espacios de

escucha y discernimiento, confiando en el *sensus fidei* —instinto de la fe— de todo el pueblo de Dios.

La segunda esperanza es la de una Iglesia samaritana y en salida. Las CEBs, al estar insertas en barrios, colonias y ranchos, son las primeras en percibir los sufrimientos y las necesidades de la gente. Esperamos que de ellas surjan servicios y ministerios que respondan a las realidades sentidas: desde la atención a los ancianos abandonados y los jóvenes en riesgo, hasta la promoción de la justicia y la paz. Soñamos con una Iglesia que no tema “ensuciarse las manos” en la construcción del bien común, que sea creativa en su evangelización y que sepa acompañar las realidades emergentes, incluyendo a las nuevas generaciones con lenguajes y métodos renovados, superando así una catequesis de Iniciación cristiana que a menudo se ha visto rebasada.

Finalmente, la mayor esperanza es la de una Iglesia renovada por el Espíritu. A pesar de los desafíos (la flojera, el pesimismo, la resistencia al cambio), confiamos en que el Espíritu Santo, que no implica uniformidad sino una pluralidad en su expresión, está actuando. Él nos capacita con diversos carismas para esta misión. Esperamos una Iglesia que sea “casa y escuela de comunión”, donde la Palabra de Dios, celebrada en la Eucaristía y reflexionada en comunidad, sea el centro que alimente y unifique. Una Iglesia donde la religiosidad popular sea valorada como un poderoso instrumento de evangelización que provoca encuentro, identidad y alegría en el compartir.

En conclusión, promover, animar y fortalecer las CEBs no es un simple punto de un plan pastoral. Es un llamado del Espíritu a encarnar el sueño de Dios para su Iglesia. Está motivado por la fidelidad al Evangelio, la compasión por el mundo que sufre y la valentía para sanar nuestras propias heridas. Y se sustenta en la esperanza cierta de que, al volver a la Base, estamos volviendo a las fuentes, al corazón del mensaje de Jesús, y construyendo, desde lo pequeño, el Reino de Dios entre nosotros. Es posible renovarnos como Iglesia siendo más samaritanos y, en ese empeño, nunca estamos solos.



Latir al ritmo del corazón de Dios



Quinta Prioridad: Ministerios laicales en lo social y lo eclesial

"Así como en un solo cuerpo hay muchos miembros y no todos tienen la misma función, así también nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo y miembros unos de otros" (*Rm 12,4-5*)

Ante el problema estratégico del clericalismo y el modelo de Iglesia conservadora, que no nos permite caminar en sinodalidad, en la Asamblea diocesana se decidió promover servicios y ministerios laicales en lo social y lo eclesial. Esta es la quinta prioridad diocesana.

La vida parroquial tiene la identidad reinocéntrica. Está llamada a promover los signos del Reino de Dios en toda su estructura y planeación pastoral en su doble dimensión: social y eclesial (cf. DM 14,18; EN 29; DP 355).

Todos los bautizados formamos el cuerpo de la Iglesia, donde Jesús es la cabeza (cf. *Rm 12,4-9*). Por la consagración bautismal los laicos participamos de la misión de la Iglesia, con una vocación y una manera propia de realizarla (cf. LG 31). Todos los miembros de la Iglesia también tenemos una función por realizar (cf. *1 Pe 4,10*). La variedad de servicios está en relación con las distintas necesidades de la comunidad para que el evangelio ilumine todos los ámbitos de la vida cristiana (cf. *Jn 13,16*).

El Espíritu Santo nos da diferentes carismas y dones que son para la misión de anunciar la Palabra y atender las necesidades de la comunidad (cf. *1 Cor 12,5-11.13.28*). Aunque en la práctica, buena parte de los bautizados ha perdido la conciencia de ser servidores de los demás (cf. *Mc 10,43-44*), tenemos que seguir el ejemplo de Jesús y de las primeras comunidades cristianas.

El mandato misionero de Cristo sigue vigente: "Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos" (*Mt 28,19*). Se necesitan más personas para no desatender otros servicios (cf. *Hch 6,1-7*). La comunidad es semilla y campo propicio para la misión. Debemos reconocer que la ministerialidad de la Iglesia no es un mandato, una tarea o un deber de unos pocos, sino de todos los bautizados.

Jesús nos envía a servir, estar en comunión y ser solidarios (cf. *Lc 9,13*). Como agentes de pastoral tenemos el compromiso de animar y promover los servicios y ministerios laicales, formando parte y trabajando activamente en las necesidades de la comunidad (cf. DA 211), para pasar de una Iglesia conservadora a una Iglesia decididamente ministerial, sinodal y misionera.

El ministerio ordenado está al servicio del Evangelio y de la edificación del pueblo de Dios (cf. *Documento final* del Sínodo sobre la Sinodalidad, parte II). Los laicos conocen bien las necesidades de los barrios, colonias y ranchos (cf.

ChL 23), y por esa razón, estamos llamados a integrarnos, discernir, apoyarnos y caminar juntos.

Es necesaria la formación organizada e integral para desempeñar mejor cada servicio. Jesús nos recuerda que los dones no se deben guardar, sino multiplicar (cf. *Mt 25,29*). Santiago nos enseña que la fe sin obras está muerta (*St 2,14-17*), invitándonos a que nuestro testimonio sea visible en el servicio concreto.

Es cierto que, ante este ideal de vida comunitaria nos encontramos con comunidades que responden de manera distinta ante el llamado de Jesús. Hay comunidades que se esfuerzan por asumir con alegría el servicio y la organización comunitaria. Y otras, por las características de sus miembros, generalmente jornaleros o profesionistas, son más resistentes a la participación porque sus tiempos laborales consumen casi todo el tiempo para una participación activa en los servicios comunitarios.

Es una invitación a delegar responsabilidades o rotar los servicios y ministerios, para poder atender todos los sectores de la comunidad (cf. EG 49) y tomar las decisiones en acuerdo con todos los integrantes. Animando la vida de la Iglesia en los barrios con decisión, teniendo opción por los descartados, los enfermos, los pobres. Las mismas necesidades sentidas entre los vecinos, son un "grito" a escuchar, para responder a la misión que Jesús nos dejó y al estilo en que Él vive la misión por el Reino de Dios (cf. *Mt 9,36*).

La reflexión que hicimos sobre esta prioridad nos anima a seguir participando como bautizados, conscientes de nuestra misión e iluminados por la Palabra de Dios, capacitándonos y fortaleciendo el trabajo comunitario.

"A vino nuevo, odres nuevos" (*Mt 9,17*) es una llamada a la renovación, a la adaptación y a la disposición a cambiar para poder recibir y experimentar lo nuevo; buscando nuevas estrategias para evangelizar e integrar a más personas, acompañándolas y promoviendo su formación.

Nos anima a promover los servicios y ministerios con la oración, el testimonio y la invitación personal, y fomentando el sentido de pertenencia y amor a su barrio, colonia o rancho. A leer los signos de los tiempos y a ser una Iglesia floreciente, siempre en camino, samaritana y misionera.

Por el Espíritu Santo, somos elegidos y enviados para la misión, para ser fermento dentro de nuestra comunidad. Somos conscientes de que casi todos los servicios que existen son en lo eclesial, estamos llamados a fortalecerlos y acompañarlos. Nos anima a asumir los retos en el campo social, político y económico, haciendo visible la presencia de la Iglesia en el mundo y animando la participación de los jóvenes.

Nos anima a no caer en la desesperanza. A tener más comunicación en el barrio, a continuar con el trabajo que ya tenemos y articularnos, dejando a un lado el clericalismo para dar paso a la iniciativa, escuchar y dejarnos guiar por el Espíritu Santo.

A partir de esta síntesis de la iluminación sobre las prioridades realizada en los barrios, en Asambleas parroquiales y vicariales, hicimos una reflexión sobre nuestra parroquia como comunidad de comunidades ministeriales.

Dios nos ha dicho que, como bautizados, todos tenemos la responsabilidad de dar un servicio en la comunidad; nos invita a descubrir y desarrollar los dones para hacerlos vocación, dejándonos impulsar por el Espíritu Santo.

Su voz nos dice que no nos quedemos en lo eclesial, sino que vayamos a lo social pues lo tenemos abandonado, estando siempre atentos a las necesidades y las realidades económicas y espirituales de las familias, dando respuesta desde la promoción, animación y fortalecimiento de los servicios y ministerios, para llegar a ser una Iglesia misionera.

Espera que nos organicemos y seamos fermento en la comunidad. Vincular los servicios a la parroquia. Cambiar el criterio de "siempre se ha hecho así", para salir al encuentro sin miedo y prejuicios.

La Palabra de Dios nos recuerda que debemos participar con humildad y sencillez en nuestro servicio (cf. *Lc 6,43*). Dios nos invita ser como el samaritano y nos da la fuerza para seguir sanando cada dificultad.

De acuerdo a la síntesis de la reflexión, del texto bíblico sobre la misión de los 72 y del Segundo Documento Sinodal (no. 268) en que señala que la parroquia está llamada a vivir la dimensión ministerial de la Iglesia y a articular la vida ministerial de todas sus comunidades: barrios, colonias y ranchos, encontramos luces y motivaciones para trabajar porque nuestras parroquias sean comunidades de comunidades misioneras que asumen la quinta prioridad diocesana.

La invitación a entender que Jesús nos llama a servir con un corazón dispuesto al servicio y perseverancia. Participar en la transformación del mundo según los principios del Evangelio. La forma concreta de vivir la misión es la promoción de servicios y ministerios en lo social y eclesial, con un espíritu sinodal, haciendo camino con los sacerdotes y construyendo una comunidad viva, fraterna y misionera.

Nos anima a formar servidores comprometidos, fomentando la corresponsabilidad y acompañando los procesos formativos; dando testimonio y animando a otros a participar, reconociendo que somos pueblo de Dios. Descubrir y desarrollar los dones y carismas para hacerlos vocación. La Eucaristía, el amor a Dios y al prójimo nos impulsan a vivir como verdaderos discípulos misioneros, con una fe madura y coherente.

Nos motiva el deseo de ser responsables, constantes en la formación y perseverantes en la esperanza de alcanzar la vida eterna siguiendo a Jesús, que vino "no para ser servido, sino para servir" (*Mc 10,45*). Animar y fortalecer el trabajo de base; a reconocer los ministerios no instituidos, que animan y sostienen la vida de la comunidad y la misión; y seguir haciendo esfuerzos por rescatar la experiencia hacia el diaconado permanente.

Nos motiva la confianza de que Dios camina con nosotros. El apoyo, acompañamiento y guía de los sacerdotes. El testimonio de las primeras comunidades y de los agentes de pastoral que trabajan con sencillez, discreción y perseverancia, comunicándonos siempre una actitud esperanzadora ante las situaciones que nos desafían.

La reflexión nos hace caer en la cuenta de la necesidad de hacer un constante mapeo de la realidad para conocer las necesidades y la realidad de las familias. Animar, fortalecer y hacer la rotación de servicios (cf. *Lc 22,26-28*). A acrecentar la comunicación entre barrios, el intercambio de experiencias, integrar los servicios y organizarnos para vivir en comunidad, expresando el amor y la solidaridad cristiana. Resonó el llamado a ser una Iglesia que responda a lo que el Papa Francisco pidió: una Iglesia en salida, cercana, misionera, comprometida con las periferias y corresponsable, donde cada laico reconoce su dignidad bautismal y pone sus dones al servicio de la comunidad.

Los presbíteros han de asumir actitudes distintas de conversión pastoral, escuchando y animando el caminar de sus comunidades desde la participación de todos (servicios, ministerios y movimientos), e impulsando procesos de corresponsabilidad bien discernidos en las estructuras pastorales que tenemos para que a nadie se le excluya en los procesos de toma de decisiones.

La reflexión de fe nos motiva a reconocer y valorar la fuerza del servicio laical, especialmente el protagonismo de las mujeres en la vida social y eclesial; nos motiva a construir parroquias vivas, participativas y comprometidas con su pueblo, donde cada laico se sienta llamado a servir y a transformar su comunidad desde la fe.



Sexta prioridad: Promover el espíritu y los procesos de la Iniciación cristiana

«Ya no creemos por lo que nos has contado, porque nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que éste es realmente el Salvador del mundo»
(*Jn 4,42*)

Como Diócesis hemos asumido que, ante el problema estructural de la sacramentalización sin evangelización, la sexta prioridad diocesana es: Promover el espíritu y los procesos de la Iniciación cristiana.

Por el Bautismo somos miembros de la Iglesia, pueblo de Dios, y participamos de la dignidad común de profetas, sacerdotes y reyes; no somos entes separados del pueblo de Dios. Fuimos ungidos para entregar la vida y no para contemplar la unción, pero después depende de nosotros el seguir encontrándonos con Jesús y compartir nuestra experiencia con los demás para interesarlos por Él.

Se ha de crecer desde el encuentro con Jesucristo, comprendiendo que la Iniciación cristiana no es un simple paso ritual, sino un proceso permanente de encuentro con Jesús, de conversión y de testimonio, que nos ha de introducir en la vida de la fe y en la vida de la Iglesia (cf. EG 166).

La salvación viene de Jesús, su Palabra es el agua viva que nos alimenta, pero debemos conocerlo y para eso hay que madurar en la fe, conociendo los sacramentos para saber quién es Jesús. Escuchando y estando atentos a las señales del Espíritu Santo que nos recuerda que no bastan los ritos externos, sino que el seguimiento de Jesús debe madurar en una vida transformada (cf. *Rm* 8,14).

No puede haber verdadera vida cristiana si no se busca a Dios y si no se vive el encuentro con Jesús, como aquel que vivió la Samaritana (cf. *Jn* 4,4-42). Es necesario conocer a Dios para amarlo y, para conocerlo, solo debemos abrir el corazón como lo hizo la Samaritana. La Samaritana entendía a Jesús, que él era el Mesías, el Salvador, por lo que le había dicho. Jesús nos da agua viva, que se convierte en manantial, paz, esperanza y fuerza.

Jesús envió sus apóstoles a “formar discípulos” (cf. *Mt* 28,19-20). El discípulo se hace y crece, se integra a la comunidad, en la medida en que conoce y ama a su Señor. El proceso de formación comienza con el encuentro con Cristo que lleva a entender que una vez que nos acercamos a Él, ahí comienza nuestra vida en comunión con Él y la conversión es la respuesta inicial de quien lo ha escuchado con admiración.

Para este proceso es necesario el apoyo y el acompañamiento de quienes ya se han formado y consolidado como promotores y guías, no solo de palabra, sino por sus hechos. Tenemos un ejemplo en el etíope que, ayudado por Felipe, hizo su proceso; cuando el etíope se convenció, fue bautizado (cf. *Hch* 8,26-39).

Para dar este paso es de fundamental importancia una formación desde el hogar y la familia: animar a padres y madres a participar más activamente, orar con sus hijos y vivir juntos los momentos de fe y formación, y hacer más vivencial y misionera la catequesis, formando “aprendices de misioneros”; a convertirnos y nutrirnos de la Eucaristía. Ser animadores de fe con un corazón misionero. Ahí es donde la voz de Dios resuena primero en la familia, donde los padres transmiten la fe a través de su ejemplo y testimonio cotidiano (cf. *Dt* 6,4.6-7).

Propiciar una catequesis permanente, ya que «o educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora» (Documento de Aparecida 287).

Todos tenemos un compromiso de vivir y dar ejemplo de evangelización a los más pequeños y necesitamos una verdadera evangelización con la vida en comunidad, escuchar el llamado y ser verdaderos discípulos, seguir el proceso de formación constante después del Bautismo, aprender para saber vivir de ello y empezar a hablar a nuestros hijos sobre la vida cristiana y comunitaria, proyectar los sacramentos a la vida concreta para formar discípulos y misioneros de Cristo.

Vemos que Dios nos llama a comprender que la catequesis es preparación para la vida personal, familiar, social y eclesial, no solo para recibir sacramentos (CT 21). Nos recuerda que las primeras comunidades comenzaron este proceso (*Hch 2*, 42-47) y que hoy el Espíritu Santo sigue moviendo a toda la Iglesia a impulsar la misión evangelizadora. Nos anima a trabajar en equipo, descubriendo los dones y talentos de cada persona y tomando decisiones corresponsablemente, debemos fortalecer la formación cristiana desde la escucha, la participación, la Eucaristía y el servicio, viviendo nuestra vocación de bautizados con entrega y coherencia.

Inspirados en el Documento de Aparecida (No. 278) y en el *Documento final* del reciente Sínodo sobre la Sinodalidad, identificamos cinco momentos clave de este proceso, que iluminan nuestra acción pastoral:

a) **Encuentro con Jesucristo vivo**, un encuentro profundo, transformador, como lo vivieron los discípulos de Emaús (*Lc 24*,13-35).

b) **Conversión**: El cambio de vida que brota del amor recibido. El mismo Jesús anunciaba: "Conviértanse y crean en el Evangelio" (*Mc 1*,15).

c) **Discipulado**: Jesús nos llama no solo a creer, sino a seguirlo (cf. *Mt 4*,19; *Lc 1*,38).

d) **Comunión**: La fe no es un camino individual. El que ha encontrado a Cristo, ha encontrado también a sus hermanos.

f) **Misión**: Quien ha recibido la fe, la transmite. El Espíritu nos empuja a salir (cf. *Hch 1*,8).

Esta prioridad de impulsar el espíritu y los procesos de la Iniciación cristiana apunta a una pastoral más acogedora, participativa y misionera. Muchas veces no alcanzamos a proyectar los sacramentos a la vida comunitaria como parte de nuestra vida cristiana y discipulado a Jesús, pues Él nos recuerda que debemos nacer del agua y del Espíritu (*Jn 3*,5).



